MI NOMBRE NO ES IRINA

Xavier Abiaga

Traducción de Paco Cerdà

Primera parte

Donde habitan los nombres

1

Mi nombre es Nèstor. Me encanta escribir y mi familia está como una regadera. No es un gran resumen, pero, para entendernos, por ahí andan las cosas. Podría añadir que soy más alto que bajo. Más guapo que feo. Que tengo el pelo más oscuro que claro, como los ojos. También me gustaría creer que soy más listo que burro. Una botella medio llena, una persona dos tercios. No está mal si me comparo con uno de esos individuos típicos y tópicos de la zona gris, media, aburrida. Siendo justos, la verdad, tampoco es que destaque en nada. Eso me gustaría cambiarlo: quiero ser escritor. Y hacerlo muy bien. Es importante para mí. El problema es que no puedes ir diciéndolo por ahí porque te miran mal. Piensan que estás zumbado. O, peor todavía, que eres un pedante. Mi madre no acaba de enterarse de lo importante que para mí es la escritura. O, si lo sabe, no muestra mucho interés: siempre está inmersa en sus cavilaciones. Y papá nunca me perdonará que abandonara los estudios de música. Es así. Tampoco es que me pase todo el santo día escribiendo, o leyendo, que es la mejor forma de aprender a escribir. Me gustan mucho las chicas, pero desde que corté con Aurora no he vuelto a tener novia. Y juego al fútbol en el juvenil del Vila-roglet, de interior izquierdo. No lo hago mal. Podría decirse que más bien que mal (de nuevo la botella, los dos tercios, etcétera), pero mi entrenador me ha dicho hace poco que nunca llegaré a nada, que no tengo hambre de fútbol ni ganas de triunfar. Es un idiota que se ha creído que entrena al Manchester United y piensa que debe soltar gilipolleces por el estilo. Sé que

quiere hacerme la puñeta, que me enfade. Y seguramente es cierto que no tengo ambición futbolística. No me importa en absoluto. Bien, no me importa mucho. O sí, no lo sé. No me he parado a pensarlo con calma.

Se me olvidaba una cosa: el año que viene, en febrero, cumpliré dieciocho años. Y tendré la «mayoría de edad», lo cual significará que ya podré marcharme de casa y mis padres no podrán oponerse. Falta saber con qué dinero.

Al salir de clase llueve como si se hubieran abierto todas las compuertas del universo. Y aunque no me apetece volver tan pronto, porque ya sé lo que me encontraré, voy directamente a casa. Poco más o menos es lo de siempre. Mamá va de aquí para allá haciendo como que hace cosas, cogiéndose la cabeza con las dos manos y resoplando en intervalos de medio minuto o así mientras pronuncia su célebre «la madre que la parió», en referencia, curiosamente, a su hija. Es decir, Virgínia, mi hermanita pequeña. Papá se dedica a su antiestresante favorito desde que dejó de fumar: ordenar y catalogar su estúpida colección de etiquetas y posavasos para jarras de cerveza mientras prueba una marca nueva que ha encontrado en algún sitio y hace una pose bovina, de desconexión con el mundo exterior, que estremece. La expresión de mamá tiene un sentido de frase hecha, pero también otro literal: el detonante de la última crisis fue una llamada de la tutora de Virgi y la inevitable reunión con sus padres, que son también los míos. Pensándolo bien, la cosa tiene su gracia. Vaya, para mí la tiene; imagino que para mis padres no tanta: en una redacción para clase sobre la familia, que había de leer delante de todos,

Virgínia contaba que era adoptada, que estaba segura de ello porque era la única de la familia con el pelo rizado y rubio, que por eso pensaba que había nacido en el este de Europa, en Rusia o en algún país de por allá, que hay una compañera búlgara en el colegio que se le parece mucho. ¿Cómo se explica, si no, argumentaba la niña, la gran «diferencia» de edad con su hermano mayor, o sea, yo mismo, de ocho años, dos meses y tres días? Además, sostenía que se sentía como «una extraña en casa». Lo decía en la redacción. Pero antes ya se lo había dejado caer de viva voz a todo aquel con quien se topaba: sus amigas de clase, los padres y las madres de las amigas, la quiosquera a quien le compra las chucherías, la clientela presente, las compañeras de ballet... Unos cuantos centenares de personas, posiblemente. Papá y mamá volvieron de la reunión con el gesto desencajado. No me dejaron estar presente en la charla, pero la conversación la pude escuchar de cabo a rabo mientras hacía como que jugaba a la Play en mi habitación.

–Vamos a ver si nos aclaramos, Virgínia, amor mío –saque de puerta de mamá–, no sé de dónde te has sacado todo eso de la adopción, porque puedo asegurarte que yo estuve allí –con un tono que pretendía ser irónico pero daba un poco de lástima, de madre dolida– y que fueron doce horas de parto, ni más ni menos. ¡Doce! Lo pasé muy mal. –Mamá evita las palabrotas incluso en los momentos de tensión–. No creerás que hemos falsificado las fotos en las que estamos tú y yo en el hospital... Y por el pelo rubio no te preocupes, que cuando tengas la edad de tu hermano se te oscurecerá... –añadió, en el papel de hacerse la cabreada sin saber que realmente lo estaba–. ¡Si es que eres una fotocopia de Nèstor!

–Bien, tampoco es del todo así, ella es más mona–. ¿Se puede saber qué te pasa? ¿Tan mal te tratamos para que te pongas en nuestra contra? ¿Tienes algún problema que necesitemos saber? –rebajando el tono y buscando un poco de complicidad, como si la niña tuviera que confesar una adicción a las drogas, un embarazo o vete tú a saber.

–Vale, de acuerdo. Pongamos por caso que no soy adoptada... –se revolvió Virgi dentro del área–. ¿Entonces me podríais explicar por qué tardasteis tanto en ir a buscarme?

–Es que no fue así, corazón –rechazó mamá a córner–. A tu padre y a mí nos hacía mucha ilusión tenerte, pero estas cosas no son de la noche a la mañana; a veces se retrasan, se complican... No basta con querer, no sé si me explico... –añadió de manera confusa, como dejando pasar el balón.

–Psch...

–Mujer... –entrada en diagonal de papá desde la banda–, tampoco hace falta liar la madeja, que Virgínia ya es toda una mujercita y seguro que lo entiende perfectamente. Mira, amor mío, cuando Nèstor cumplió dos años, quizá un poco más tarde, nos pusimos a buscarte. Pero no viniste, y un año después, más o menos, lo dejamos estar. Y lo que ocurrió tiempo después fue que papá y mamá tuvieron una noche loca y...

–¡Artur! –amonestación verbal de mamá.

–Ostras, qué pasa, como si no... Bien, el caso es que cuando ya no estábamos buscándote apareciste tú.

–¡Lo sabía! ¡Una hija no deseada! Eso lo explica todo... Me voy a mi cuarto: seguro que los peluches me quieren más que mi familia –tiro de Virgi que entra por toda la escuadra, un gol brutal.

–¡Eres un bocazas, Artur! ¡Mira lo que has conseguido! –roja directa de mamá a papá–. ¡Pero cómo se te ocurre decirle a la niña que es producto del alcohol! Si ya es lo que le faltaba para desvariar del todo, que ya hace mucho que te digo que la niña no está bien, que hubiéramos tenido que dejarle hacer la primera comunión, que desde que le dijimos que no, bueno, no, desde que tú te empeñaste en que eso no podía ser, que en casa esas cosas no se hacen, que nosotros no somos católicos... Para mí que nuestra Virgi patina, que sufre una crisis de identidad.

–Ya ha salido la experta en psicología infantil. Ahora va a resultar que la culpa es mía; porque Nèstor ni fue bautizado ni hizo la primera comunión y, mira, tampoco le ha ido nada mal –se defiende encarnizadamente el prometedor central izquierdo que en su día fue Artur Vinyals, promesa que se quedó en nada del equipo juvenil del Vila-roglet en alguna temporada lejana de los años ochenta.

Mientras escuchaba, sabía que la escena acabaría con mamá –o papá– llamando a la puerta de mi habitación y suplicándome que hablara con Virgínia para hacerla entrar en razón.

Y así son muchos días. O muy parecidos.

En contra de su teoría, la función de Virgínia Vinyals en el mundo es apoyar a unos padres tan locos, inestables y pintorescos como ella. No sé si *pintorescos* se ajusta al caso, pero es una palabra que, desde que la leí en algún sitio, me encanta. Y de paso me ahorra usar otras peores. En cualquier caso, de un tiempo a esta parte, Virgi es el factor que está acabando por

desequilibrar a esta familia desequilibrada. Y yo, el adolescente de la casa, soy el único que mantiene un poquito el sentido común en el número 14 de la calle Sant Roc, de Vila-roglet.

No siempre ha sido así. Quiero decir que, durante un tiempo, no hizo falta que nadie mantuviera la cabeza sobre los hombros. Virgínia era una niña deliciosa. Inquieta, despierta y muy parlanchina. Un encanto. Y, encima, guapísima. Distinta a mamá, pero muy guapa también. Me molestaba sin parar, por todo, pero luego me miraba con cara de ángel caído y se lo terminaba perdonando todo. Supongo que también influiría la diferencia de edad: cuando ella había cumplido los cuatro, yo ya tenía doce. Las peleas no eran como las de los otros hermanos que conozco. Y mis padres, ay, mis padres: hasta hace nada los recuerdo como personas más o menos normales, con su buen trabajo, sus discusiones y todo lo demás. Sin embargo, no estaban tan dislocados. Debe de ser la crisis de los cuarenta, que no acaba al cumplir los cuarenta y uno, sino que, por lo visto, dura toda la década.

Después está la crisis general, que es un desastre. A papá, profesor de música en un conservatorio, le han bajado el sueldo y le han aumentado las horas lectivas. Hace unos meses todavía despotricaba contra los políticos y contra los compañeros que no se sumaban a la huelga. De un tiempo a esta parte, ni eso. Ha entrado en una fase de *me-la-pela-todo*. Antes era un padre muy divertido. Ahora es lo más parecido a un vegetal: se levanta, saluda de mala gaita, trabaja también de mala gaita, vuelve, porque ha de volver, y se aísla en su patética colección cervecera. Mientras tanto, mamá, representante de

productos farmacéuticos –lo que papá denomina «el imperio del mal», entonando entre dientes la *Marcha imperial* de *Star Wars*–, dice que ha de trabajar el triple para ganar la mitad. O menos. Lo repite mucho, como una especie de excusa de mal pagador que justifique su mala leche crónica. No es que antes mamá fuera Hannah Montana, la reina de la simpatía, pero lo llevaba mejor. A veces les recuerdo lo que me dicen algunos compañeros del instituto: «Menos mal que tus padres trabajan los dos, porque yo tengo a los míos que se suben por las paredes». Algunos, en fin, no aprecian lo que tienen.

Puede que Virgi y mis padres tengan un sentido trágico de la vida, por eso sacan las cosas de quicio. Y si algo así te pilla por medio es un drama. Soy un jueves rodeado de martes y miércoles pesados y desequilibrados. Una familia en descomposición. Quizá por ello me refugio en la escritura, me dedico a imaginar otros mundos donde poder evadirme. Me gustaría encontrar más pasajeros en este viaje.

2
Título provisional: El viaje de los non-nai

Al despertar de la hibernación, la primera imagen que vio Johnny Space, comandante de la nave interespacial *Success II*, fueron los ojos de un intenso azul cielo de Sarah P-406, el androide femenino encargado del mantenimiento y la gestión de la nave. «Despierte, comandante, tenemos serios problemas»,

le soltó P-406 con su deje metálico y un tono dulce de ligera preocupación. Menuda forma de despertar, fue lo primero que pensó el comandante, todavía confundido, mientras iba saliendo poco a poco del modo catatónico producido por veinte meses de estado vegetativo. Lo segundo que pensó, al ver a la llamativa androide erguida ante él con el ajustado uniforme del personal auxiliar, fue que era una lástima que por dentro estuviera hecha de circuitos, cables y unos líquidos infectos de color entre verde y amarillo, como las defecaciones de un bebé. No, no era de carne y hueso. O al menos, debajo de esa corteza de piel y cabello compuesta sobre la base de células humanas no había órganos vitales. Sin embargo, la presencia externa era de lo más atractiva.

–Comandante, la situación es grave, no debería perder el tiempo evaluando visualmente el volumen y el peso de mis pechos –intervino la androide para sacarlo del letargo.

–Informa, Sarah, por favor –se rehízo mirándola a los ojos para recuperar la dignidad perdida.

–Hemos sufrido un caso grave de sabotaje. El androide masculino de navegación Andrew P-312 ha cambiado las coordenadas de la nave y nos ha desviado de la trayectoria. Nos dirigimos directamente hacia una estrella 2,344 veces más potente que nuestro sol. Además, ha ido descargando la energía de la *Success II* y ha desactivado los sistemas de comunicación. Lamento no haberme dado cuenta.

–¿Y qué pasa con P-312?

–Desactivado y en el compartimento de carga. Logré sorprenderlo y reducirlo.

–Gran eficacia, Sarah, tengo que felicitarte. ¿Y los non-nai?

–Sanos y salvos. Unos segundos después y P-312 habría desconectado las constantes vitales de los non-nai y de usted mismo. Técnicamente, está vivo gracias a mí.

«Técnicamente. Nunca mejor expresado», pensó Johnny Space sin atreverse a decirlo en voz alta.

La única buena noticia aparente era la supervivencia de los non-nai, el motivo de la misión: cinco seres de inteligencia avanzadísima, humanos (o casi) engendrados en el laboratorio a través de las células reproductoras de los machos y las hembras más dotados intelectualmente que la corporación había podido encontrar. Seres con conocimientos excepcionales y un potencial investigador infinito, que Exodus Co., la multiestelar propietaria de la nave, quería preservar de la escalada bélica entre compañías que amenazaba con encender el universo conocido un año antes, justo en el momento en el que se inició la misión. De la información proporcionada por Sarah, el comandante dedujo que alguien de dentro de la organización Exodus había reprogramado a P-312 para destruir a los non-nai y así sabotear la misión. A pesar de la intervención de Sarah, todavía estaba a punto de conseguirlo. Sin reserva de energía suficiente, se hacía del todo imposible esquivar la poderosísima fuerza gravitatoria de la estrella.

–¿Tiempo estimado para el impacto? –inquirió Space.

–Ocho horas, veinticinco minutos y trece segundos –contestó la androide sin ninguna inflexión significativa en la voz.

Todo había ocurrido por la cabezonería de Exodus y su decisión de limitar la tripulación a un solo comandante asistido

por dos androides. «Con una tripulación estándar de cuatro miembros humanos se podían haber hecho turnos de hibernación», pensó el comandante. Inmediatamente después, hizo un repaso a su intensa vida. Como pirata del espacio en su juventud, dedicado al asalto de naves de carga. Como soldado de fortuna, más tarde, durante las guerras de la bilapirita, un mineral raro y escaso, recién descubierto, con deslumbrantes propiedades de generación de energía. Por aquellas piedras murieron miles de compañeros y enemigos. Y, ya pasados los cuarenta años, encumbrado al cargo de respetable comandante de una de las compañías multiestelares más potentes del sistema. Todo para casi nada, para morir desintegrado y solo a una distancia sideral de casa, si es que podía considerarse que alguna vez había tenido un hogar al que regresar. Para ser más exactos, tampoco podía decirse que fuera a morir solo: estaba en compañía de un artefacto biomecánico encantador y de espléndida apariencia. Y de unos extraños productos pseudohumanos de laboratorio con piel blanquísima, cerebro hiperdesarrollado incrustado en un cráneo descomunal, ojos acuosos, labios de color lila y un palique indescifrable (hecho de códigos numéricos y una mezcla de los 243 000 idiomas identificados en los sistemas solares conocidos) que aún hibernaban por indicación del comandante. Un destino final bastante triste, francamente.

(Continuará)

3

Por fin, después de meses tratando de escribir un cuento de ciencia ficción, de escribir páginas y páginas y de llenar la papelera, había encontrado una idea. La noche anterior la había pasado en blanco. Una noche blanca como un vestido de novia, de brotar una idea y darle muchas vueltas en la cabeza, de no poder dormir. Hasta que todas las piezas encajaron. Me levanté a las cuatro de la madrugada, más o menos, a apuntar las ideas. Mi madre, que había salido a fumar como hacía siempre que no podía dormir, vio luz en mi habitación y entró.

–Pero Nèstor, hijo, ¿se puede saber qué haces despierto tan tarde?

–Estoy apuntando ideas para un cuento que...

–Venga, va, muy bien, a dormir, que es muy tarde y mañana no estarás para nada.

Ni siquiera me dejó acabar la frase. Me examinó con la misma condescendencia maternal con la que me miraba de pequeño cuando me pillaba leyendo cuentos debajo de las sábanas con una linterna. Fue humillante. En realidad, no creo que nadie de casa se haya tomado en serio mis aspiraciones literarias. Ya he dicho antes que mi padre nunca me perdonará que dejara los estudios de música. Todavía tengo grabada su cara de pánico cuando, hará un par de años, lo anuncié entre el segundo plato y el postre de una cena con la yaya Antonia, a quien había utilizado deliberadamente como parapeto contra mi padre. Solicité la atención de todos para comunicar que quería abandonar el conservatorio, que estaba cansado de la trompeta de los cojones y de los viajes, que cuando tuviera

ganas tocaría con L'Antiga de Vila-roglet, en las fiestas o en algún pueblo aledaño. Y punto. Mi padre se puso pálido, como la nata batida que había preparado la yaya para acompañar las fresas, pero no dijo gran cosa: espera a estar seguro, piénsatelo bien, y cosas por el estilo. Para él, en cambio, fue una especie de traición. O eso es lo que pareció. Pienso que, en el fondo, quería que hiciera carrera como músico, clásico o de jazz, que diera giras internacionales... Hacer lo que él no pudo lograr. Y es que no sé por qué regla de tres, o de cuatro, los padres han de proyectar en los hijos sus frustraciones. Por lo menos no me ha torturado con lo del fútbol, donde él también fracasó.

El día ha sido larguísimo. Me iba quedando dormido por las esquinas. Las clases parecían eternas. Y en los descansos echaba cabezadas sobre el pupitre. Pero contaba los minutos para poder volver a casa, abrir en el ordenador un documento nuevo y traducir a palabras las ideas que me habían rondado la cabeza y que estaban anotadas en una libreta. Me encerré en mi habitación. Antes y después de cenar. Estaba muerto de sueño. Pero ya tenía guardada, en una carpeta recién creada, la historia que nacía. Nada de cuentos de andar por casa ni redacciones escolares. Una historia guapa.

Por la mañana me he levantado muy contento, con ganas de contarle a todo el mundo que estaba escribiendo un relato de verdad. No me atrevía a decírselo a mi padre. Y mi madre parece que habita en la estrella contra la que están a punto de chocar Johnny Space y Sarah, demasiado enfrascada en sus cavilaciones, en sus interminables viajes de aquí para allá, de hospital en hospital, de centro de salud en centro de salud,

arreglada y maquillada de arriba abajo cada mañana, cuando sale de casa, casi siempre antes que nosotros. Y el poco tiempo que pasa en casa está absorbida por Virgínia y sus historias. No quiero decir que sea mala madre. De las cosas importantes, de los médicos, de la ropa, de la educación, de las extraescolares, está muy pendiente. Pero su cabeza no da para *minudencias*, que diría la yaya Antonia. Como mis cuentos. Hace mucho tiempo que quiero cogerla un día que esté tranquila y decirle que va en serio, que tengo un gusanillo que me devora por dentro... A veces pienso que no me escucha, porque no es una persona feliz. Y la infelicidad ocupa mucho espacio en el disco duro. Cuando he salido del cuarto nos hemos cruzado por el pasillo. Mamá estaba radiante, guapísima.

–¡Guaaauuu! Para ser una representante del imperio del mal, estás muy guapa, mamá.

–Ayyy, mi Nèstor... Ven aquí.

Lo ha dicho con una sonrisa leve, triste. Me ha abrazado muy fuerte, hasta el punto de hacerme un poco de daño, y me ha estampado un beso en la frente. Desprendía un olor magnífico, muy fresco y agradable, como siempre por la mañana, antes de fumar, porque mi madre fuma a saco. Se ha dado la vuelta y ha lanzado un suspiro profundo como una tumba y largo como un anuncio de tele. Una muestra agria de agradecimiento, como si mi piropo le hubiera despertado sentimientos positivos y negativos a la vez. Tenía prisa, como siempre. Y sabía que por la tarde, con el agotamiento y la mala leche acumulada, tampoco estaría receptiva, como siempre. Mala suerte.

Hoy también he estado ansioso por que acabaran las clases. Tenía la historia pegada a la cabeza, como una lapa, como una mierda de pájaro viscosa. El documento de Word en el que había empezado a escribir me llamaba, me reclamaba: «Nèèèstooor...», como en una escena con fantasmas. Incluso el entrenamiento se me ha hecho largo. Y la cena. Me preocupaba que las ideas que había acumulado y no había podido dejar escritas en la libreta huyeran en tromba.

–¿No quieres ver la tele con nosotros? –ha preguntado mamá.

–Eeehhh... Es que tengo que hacer un trabajo de clase –he mentido.

Media hora después, Virgínia ha entrado a mi habitación sin pedir permiso. Se ha puesto detrás de mí, de puntillas, ha asomado la cabecita y ha leído un poco del relato.

–¿Johnny Space? ¡Qué trola, Nèstor! ¡Eso no es un trabajo de clase!

–No, es un relato de ciencia ficción.

–¿Como una novela?

–Un poco más corto. Bueno, no sé. Tal vez salga una novela.

–Me gusta. Continúa escribiendo. A ver si escribes un libro que tenga mucho éxito, como *Harry Potter*, vendes muchos, nos hacemos ricos, dejamos Vila-roglet, nos marchamos a vivir a Valencia, o a París, a un ático superchulo y supergrande, y papá y mamá me matriculan en un colegio superselecto, con gente guapa y especial como yo. Después estudiaré para ser actriz, o modelo, y me haré superfamosa. Y diré en la televisión que eres mi escritor favorito y eso hará que vendas aún más libros.

–Es un plan superguay, Virgi, cojonudo.

–¿A que sí?

Su vida futura le había pasado por delante de los ojos. De alguna forma, quien más interés ha mostrado en mi carrera literaria ha sido Virgi. A su manera. Está zumbada, pero tiene las ideas muy claras, un objetivo en la vida, una ilusión... No estoy seguro de que nuestros padres puedan decir lo mismo.

Como era lógico, por la noche me costó conciliar el sueño. Por lo que había pasado y porque le daba muchas vueltas a cómo seguir la historia. Y me sucedió algo muy extraño: Johnny y Sarah me visitaron mientras dormía. Todavía no sé si fue un sueño, porque parecía real. Puede que se produjera en el momento justo en el que la mente comienza a abandonarse al vapor de la inconsciencia.

–¡Nèèèstooor, despierta! ¡Soy Johnny! ¿Sabes ya cómo termina la historia? ¡Estoy intrigado!

–¿Johnny? ¿Qué Johnny?

–¿Cómo? ¡Tu personaje! ¿Estás empanado o qué?

–¿Y qué cojones haces tú en mis sueños?

–Pues eso, que quiero saber cómo termina la historia.

–Eeeh... Todavía no lo sé. Había pensado que Sarah te convencía de salvar a los dos non-nai más dotados, para preservar la inteligencia y esas cosas. De ese modo tendríamos un final épico, con vosotros dos, hombre y mujer, quiero decir humano y máquina, abrazados, confesándoos vuestra imposible atracción mutua antes de ser devorados y volatilizados por la estrella. ¡No me negarás que es muy cinematográfico!

–No me acaba de convencer, Nèstor.

–¿Por qué?

–¿Por qué sacrificarse por dos creaciones de laboratorio en beneficio de una empresa multiestelar? Además, yo soy un viejo mercenario, un soldado de fortuna. No me veo sacrificándome, sino salvando el culo.

–De acuerdo. ¿Y si te escapas con uno de los non-nai?

–No lo has entendido. Johnny Space actuaría siempre en beneficio propio: aunque su amor sea imposible, de alguna forma, salvaría a Sarah y empezaría una vida nueva.

–Tiene sentido.

–Muy típico de los machos: tramándolo todo sin consultar a la chica.

–No te enfades, Sarah: al fin y el cabo, Johnny quería que te salvaras. Ya sabes que, en el fondo, está enamorado de ti.

–¿Y quién ha hablado de amor? Permitidme que os recuerde que no estoy programada para experimentar ese sentimiento. Como mucho, una cierta empatía.

–Mujer... De alguna manera es eso.

–Bien, de acuerdo. He de reconocer que Johnny me hace gracia, me recarga los circuitos esa manera que tiene de mirarme... En cualquier caso, no estoy programada para desobedecer órdenes.

–A no ser que te desconecte temporalmente. Entonces no habrás contravenido las órdenes de la misión. Todo encaja.

–¡Sí!

–¡Vamos, Johnny! ¡Ni soñarlo!

–¡Aguafiestas!

–¡Mercenario!

–¡No os peleéis! Dejad que me lo piense. El final apocalíptico me gusta, pero hacer que huyáis los dos y así dejar la historia abierta también tiene su gracia... No sé, aún no lo tengo claro. Y ahora, si me dejáis soñar con otras cosas...

La erección matinal revelaba que me habían dejado soñar con «otras cosas» que, por desgracia, no era capaz de recordar. En cambio, sí que tenía muy presente la conversación con mis personajes, como si no la hubiera soñado. Ahora me tocaba decidir sobre la historia. Y durante el almuerzo, mientras masticaba el bocadillo de salami, hubo algo que hizo clic.

4
El viaje de los non-nai (título casi definitivo) Segunda parte

–Hay una alternativa para cumplir parcialmente la misión –intervino Sarah. Johnny Space aparcó sus pensamientos para escucharla–: P-312 fue dejando escapar la energía de la *Success II*, pero, seguramente por olvido, no entró en la nave auxiliar a hacer lo mismo. De acuerdo con mis cálculos, tiene energía suficiente para poder saltar fuera del área de influencia de la estrella. Después, sus módulos de aprovechamiento solar pueden ir recargando y llegar en 93,4 días a un planeta de los círculos exteriores del sistema no colonizado ni explorado. Según los informes, dispondría de agua, comida y una atmósfera apta para humanos. Un entorno desconocido y seguramente hostil pero habitable. No hay más datos dispo-

nibles, al menos hasta que no lleguemos y pueda realizarse una evaluación sobre el terreno.

Space tradujo en su mente los cálculos del androide: unos tres meses y pico de travesía. En un habitáculo ínfimo.

–Y supongo que has previsto y calculado la cantidad de alimentos y oxígeno que se puede cargar y cuántos pasajeros podrían completar la travesía. Porque la nave carece de cabinas de hibernación.

–En efecto. La nave auxiliar solo tiene capacidad para transportar hasta ese planeta a dos pasajeros humanos. He introducido las variables en el ordenador central, y el resultado es que los non-nai con mayores probabilidades de supervivencia son Non-do y Non-fa. Además, son, potencialmente, los mejor dotados y los más valiosos para la empresa. Antes de aterrizar en el planeta, se enviaría una baliza con un emisor incorporado para facilitar la localización y el rescate. Las posibilidades de que el plan salga bien son de 33,44 sobre 100, pero nuestra obligación es intentarlo. Propongo despertar únicamente a los elegidos, para evitar posibles conflictos.

–Sí. Y nosotros nos quedaríamos en la nave principal para contemplar un bonito espectáculo...

–Ya sabe, comandante, que tengo problemas para descifrar la ironía, pero supongo que se refiere a la destrucción de la nave. Nuestra obligación es cumplir la misión. Ellos son mucho más valiosos que nosotros.

Unos momentos de vacilación. Un silencio espeso que se alarga de manera interminable.

–De acuerdo, me has convencido. Empieza a preparar la nave auxiliar y yo despertaré a los non-nai... Pero antes una

cosa: ahora que sé que voy a morir, quiero pedirte algo que nunca te había pedido: un abrazo. Ya sabes lo emotivos que somos los humanos, y más aún en el trance de morir. Además, tú también vas a dejar de existir y tal vez no te venga mal.

La androide asintió, desconcertada y, hasta cierto punto, conmovida. Se acercó al comandante para rodearlo con sus brazos. Entonces, Space calculó con toda la precisión de la que fue capaz la ubicación del sensor de desconexión temporal de Sarah, oculto debajo de su ropa. «¿Era la cadera derecha o la izquierda? Coño, la derecha, ¿no? ¡No! La izquierda», decidió. Lo localizó con precisión. Y lo pulsó. Sarah se separó del comandante.

–Este no era el plan –pudo decir antes de cerrar sus bellísimos ojos de un color de mar que ya no existía.

–Lo siento mucho, preciosa, pero tengo otros planes.

Johnny Space pensó que, en cierto modo, había consumido una primera vida, que nunca más podría volver a casa (no había activado la baliza de localización, no tenía sentido: si la corporación lo buscaba sería para liquidarlo) y que lo que tenía por delante era una nueva existencia muy distinta pero, seguramente, igual de peligrosa. ¿Vida hostil? ¿Perros vampiro, como los que había conocido en alguno de sus viajes? ¿Piedras carnívoras? ¿Aves cocodrilo de ocho metros de largo? ¿Alguna precivilización con malas pulgas? Preparó la nave auxiliar con la ayuda del ordenador central. Reunió armas y alimentos. Y puso rumbo al planeta desconocido. Un viaje largo. Pero al ser el único humano en la nave, las opciones de sobrevivir se duplicaban: más oxígeno, más alimento. Después vendría una nueva lucha por la supervivencia. Sin embargo, no estaría solo.

Observó el artificio que dormía a su lado. Era lo más parecido a una persona que tenía al alcance de la mano, incluyendo a los non-nai. Seguro que Sarah, tras el desconcierto inicial, agradecería que hubiera prolongado su existencia biomecánica. Y que hubiera hecho hueco dentro de la atiborrada nave a todos los componentes de repuesto de androide modelo P que fue capaz de encontrar. Una nueva vida. Y, por alguna extraña razón, pensó en aquella antiquísima novela que su padre le leía de pequeño. *Robinson*... ¿Crusoe? Sí, así se llamaba.

(Y ya está bien así. O no...)

5

Tenía ganas de mostrarle el relato a alguien, pero a mis amigos no les gusta leer. Saben que me interesa escribir y que he ganado algún premio en el instituto. O el que convoca el ayuntamiento por la *diada* del 9 d'Octubre. Pero eso no acrecienta mi popularidad. Tampoco entre las chicas. Cuando aún salíamos juntos, le pregunté a Aurora qué le gustaba de mí. Me miró de arriba abajo y me soltó:

–Uy... Que eres guapo, ¿no?

–¿Y...?

–¿Y qué?

–¿Y algo más?

–¿Que juegas bien a fútbol?

–Bueno, sí... ¿Pero no te gustan las cosas que escribo?

–Uy... Sí, ¿no? Eso también.

–Ah...

–Si escribes algo muy romántico de vampiros y eso, me lo dedicas.

Y eso. Fue descorazonador, porque unos días antes le había escrito un poema de amor deliberadamente cursi, como hecho por encargo. Pero parece que le gustó, porque se me echó encima y me abrazó y me besó como si no hubiera un mañana. Sin embargo, ya lo había borrado de su disco duro. No duramos juntos mucho más. Tres meses y cuatro días, para ser exactos. Pensándolo bien, también me pregunto a menudo qué me gustaba de ella. Y la respuesta se parece tanto a la de Aurora que me da vergüenza: Aurora me atraía –me atrae aún– porque es guapísima, morena con los ojos verdes. Y un cuerpazo increíble, mareante, con más curvas que un circuito de Fórmula 1. No compartíamos nada más, ni aficiones ni temas de conversación. Bueno, ella es muy hincha del Valencia C. F., hablábamos bastante de fútbol. Pero cuando se agotaba eso y los chismorreos sobre quién salía con quién, quién se había enrollado con quién, etcétera, ya no hablábamos mucho más. Tampoco hacía falta: aprovechábamos los momentos de soledad para explorarnos mutuamente. Pero si había gente alrededor y no podíamos estar dale que te pego, me aburría mortalmente. Y a pesar de todo, la echo de menos. Cuando pienso en el personaje de Sarah, veo a Aurora, físicamente, sus ojos, su cuerpo generoso. Sarah sería una Aurora, aunque biomecánica y más inteligente. Un pensamiento inquietante.

Al final siempre quedaba la opción de enseñarle el relato a Alfred, el profesor de Literatura. Se lo pasé después de

clase. Y a la hora del recreo ya lo había leído. Sorpresa. Me llamó.

–No está mal. Hay material refrito de *Alien* y *Blade Runner*, pero está bastante bien escrito. Y la referencia final a *Robinson Crusoe* tiene gracia... Recuerda que te preste algunas de las novelas de la saga *Fundación*, de Isaac Asimov. ¿Las has leído? ¿No? Ya me lo pensaba. Te darán ideas. Por cierto, ¿en quién estabas pensando para el personaje de Sarah?

¡*Cagüen* todo! Seguro que Alfred ya sabe que me he inspirado en Aurora, que también es alumna suya, aunque en un curso menos. Después de repensarlo, decidí enseñarle el cuento, porque tampoco es que tuviera a nadie más. No parece que le haya entusiasmado. En realidad, a Alfred ya no le entusiasma casi nada, salvo hablar mal de la *consellera* de Educación y traer a clase la camiseta negra con el símbolo de los recortes. Por el instituto circulaba el rumor de que él estaba detrás de la protesta cibernética de principio de curso, cuando unos piratas informáticos consiguieron penetrar en la web de la *conselleria* y colgaron una imagen de vestiditos recortables, solo que con la cabeza de la *consellera*, con una cara un poco extraña y el lema: «Recórtate tú el sueldo, guapita de cara». Se murmuraba que la pareja de Alfred era un hacha de la informática. Y de ahí las sospechas, seguramente infundadas. Lástima, porque sería una historia cojonuda. Creo que antes de irse todo al garete estaba más contento y sus clases eran más divertidas y provechosas.

–No me he inspirado en nadie en concreto para el personaje de Sarah.

–Sí, ya... Bueno, me resultaba familiar; era por curiosidad. ¿Continuarás la historia?

–No lo sé. Tengo alguna idea, podría ser.

–Ya que estamos, te pediré un favor.

–¿Un favor?

Alfred había invitado a un amigo suyo escritor, Andreu Galiana, a venir la semana siguiente. En el último trimestre del curso pasado, nos había hecho leer una novela suya, *Las entrañas de la ciudad*, una historia descabellada de asesinatos, mucho sexo, un protagonista masculino con el taco siempre en la punta de la lengua y una heroína capaz de ponerte los ojos en órbita lunar con solo imaginártela. Vamos, uno de esos libros que no suelen poner en los institutos como lectura. A la mayor parte de la clase le gustó bastante, por la novedad. Pero a pesar de los intentos de Alfred para que viniera antes de acabar el curso, no pudo ser. Y ahora, cuando ya me había olvidado de aquella novela, lo había vuelto a invitar y sí que había encontrado un hueco en su agenda. Y lo que quería pedirme Alfred es que yo presentara a su amigo bajo el pretexto de ser «el escritor de la clase».

–Me da un poco de palo.

–Vamos, va, no me dejes colgado. Es un buen amigo y quiero causarle una buena impresión. Lo harás muy bien.

–¿Me subirás la nota?

–¿Cómo? ¡Pero si es un libro del curso pasado!

–Anda...

–Medio punto.

–Un punto.

–0,75.

–Hecho.

6

Había cierta expectación previa. ¡Un escritor de verdad! Como si fuera un futbolista o una estrella de la tele. Y yo flipaba, porque, para la inmensa mayoría de la clase, un libro es un objeto extraño, antiguo, momificado, una cosa de gente mayor, una reliquia. En papel o en versión digital, da igual. Y leer más de dos hojas seguidas sin fotos ni dibujitos es para algunos como escalar el Everest tirando de la cuerda con los dientes. Pero ya ves, si tienen delante al escritor en vivo, la cosa cambia. Debe de ser por la emoción. O vete tú a saber. En vivo, la verdad, Andreu Galiana era sustancialmente más bajo, más gordo, más canoso y menos atractivo que en la foto de la contraportada. Eso enfrió los ánimos, sobre todo los femeninos, un poco alterados ante la perspectiva de conocer a «alguien famoso».

Cuando empezó el acto me puse bastante nervioso. Llevaba escrito lo que tenía que decir. «Buenos días, tenemos con nosotros al conocido escritor Andreu Galiana, nacido en...», esto y aquello... Leí unas líneas biográficas pescadas de la Wikipedia. Y después hablé un poco del libro. Supongo que terminé mi intervención más aplomado. La clase aplaudió con excesivo entusiasmo, me parece que con un poco de guasa.

–Ahora cedo la palabra al invitado.

–Gracias, Nèstor, por tu inteligente presentación –chute de autoestima–, pero antes de nada, debo aclarar que algunos datos biográficos son antiguos. –Menuda cagada: en aquel momento preciso hubiera preferido la muerte–. Actualmente...

Y el escritor actualizó los datos que yo había dado. No sabía dónde mirar, me concentraba en un punto al final del salón de actos para no cruzarme con las miradas perversas de compañeros y compañeras, y para tratar de espantar el color rojo de mis mejillas. Sentía un calor sofocante y una gota de sudor que iba resbalando desde la frente hasta la nariz. Qué trago.

–Y como ha explicado muy bien Nèstor...

Con la segunda referencia a mí, un poco hipócrita, como para compensar tras haberme dejado en evidencia, me desperté y me recompuse ligeramente de la vergüenza pasada.

La charla sobre la novela no estuvo mal. Y la gente se animó a hacer las preguntas que, previamente, habían preparado con Alfred, dispuesto a impresionar a su amigo con los supuestos conocimientos literarios de sus alumnos. Incluso hubo alguna pregunta fuera de programa, especialmente sobre la abundante presencia de sexo en la novela. Galiana no se sofocó por eso precisamente.

–¿Mucho sexo, dices? Sin el sexo el mundo sería mucho más aburrido. Y vosotros no estaríais aquí, no existiríais. Pensaba que los alumnos de bachillerato erais más abiertos, sexualmente hablando.

Lo dijo sin inmutarse. Y el auditorio enmudeció unos segundos. Después, poco a poco, fueron emergiendo murmullos y sonrisas. Y risitas finales. Pero a mí me interesó especialmente algo que dijo hacia el final.

–Escribir no es únicamente ponerse delante del ordenador. Cuando escribo una novela, la llevo incorporada todo el día en la cabeza. Mientras hago cola en el supermercado, mientras

veo la televisión, cuando voy al baño a evacuar... bueno, eso. Las tramas y los personajes me susurran sin descanso, a toda hora, me hacen preguntas, quieren saber cuál será el siguiente paso, si estoy seguro del capítulo que he dejado escrito unas horas antes. Hasta cuando estoy acostado. Una noche de insomnio puede ser una noche muy productiva. Más de una vez he tenido que levantarme de la cama para apuntar las ideas que surgen desbocadas, como un magma volcánico, como un riachuelo salvaje, como el aliento de una bestia mitológica...

Aparte de pensar que el ilustre escritor se había excedido con el coñac del carajillo matutino, o que le faltaba ajustar alguna conexión, estoy seguro de que muchos en clase han sacado la conclusión de que eso de la creación literaria es una chorrada. A mí, en cambio, todo aquello me sonaba, lo encontraba fascinante. Antes, cuando escribía, perdía mucho tiempo frente al ordenador porque, en verdad, no había pensado casi en las historias. Escribía cosas sin sentido, malas, que tenía que echar a la papelera. Con el cuento de ciencia ficción era diferente. Me hervía la cabeza, permanentemente, me pedía guerra, hacerse más grande, visitar otros planetas, emprender más aventuras. Y después estaba aquello de la visita nocturna de mis personajes, que se volvió a producir.

–¡Nestoret! ¿Estás despierto?

–¿Tú que crees, Johnny? ¡Son las tres de la mañana!

–Que si ya has pensado en si la historia continúa... Estoy intrigado.

–Lo que quiere saber Johnny es si acabaré rendida a sus encantos. Su ego masculino no soporta la incógnita.

–Ahora que lo dices, sí que me intriga eso.

–Al principio quería dejarlo así. Pero ahora estoy barajando un final más cerrado. Y, ya que lo preguntáis, es verdad que se ha de resolver lo vuestro. Estaría bien. Pero no os avanzo nada, por el momento.

–¿Y si una vez instalado en el planeta me enfrento con éxito a una raza de alienígenas peligrosos a los que soy capaz de someter y me convierto en su líder?

–¡Ya ha salido Superman!

–Nena, tú me ayudarías con tu inteligencia artificial –replicó subrayando la palabra *artificial*.

–La chica, de complemento, ¡como siempre!

–Eso está muy visto. Tengo otra idea, pero no quiero contaros nada por ahora.

–Hombre, Nèstor, adelántanos un poquito...

–Dejadme dormir. Sois una pareja de plastas.

–Lo dices por él, ¿no?

–¡Adióóós!

7
Título definitivo: El viaje de los non-nai Tercera parte

Johnny Space sonrió al confirmar el ordenador de la nave auxiliar que habían podido evitar la fuerza gravitatoria de la estrella, ese enorme guante invisible que amenazaba con tragárselos. Conectado todavía con la señal de la nave principal, el comandante pudo observar el momento en el que

las distintas salas empezaban a sufrir los efectos de la exposición a aquel horno imponente. Y tuvo la idea morbosa de pinchar la señal de la sala de hibernación para contemplar la defunción en la inconsciencia de los non-nai. No llegó a tiempo de hacerlo. De repente, la *Success II* dejó de emitir. Señal inequívoca de su volatilización. Adiós a la nave en la que Space había servido durante siete años. Pero el comandante no sintió ni un ápice de aflicción. Tampoco remordimientos por haberla abandonado. Era un superviviente. No era la primera vez que dejaba atrás vidas y bienes. No era más que otro capítulo de una ajetreada existencia basada en mover el culo a tiempo para poderlo conservar intacto.

Space tardó unos días de travesía en volver a conectar a Sarah porque intuía que el despertar de la androide no sería nada agradable. El comandante ignoraba que el artefacto biomecánico podía experimentar un enfado temporal y acotado, pero no tenía la facultad de sentir rencor. Al despertarla, por fin, el comandante tuvo que aguantar un largo sermón de la androide acerca de la compañía, los objetivos de la misión y las leyes de la navegación interestelar. No duró mucho. El espacio reducido de la nave y las horas interminables de convivencia fueron derritiendo el hielo construido sobre formalismos desfasados, dadas las circunstancias. Transcurrida una semana y pico, de hecho, Sarah comenzó a agradecer a Space que la hubiera forzado a viajar con él. La androide no tenía incorporada la noción de la muerte como tal, como el tránsito hacia otra vida, esa concepción espiritual, de vigencia del alma sin el cuerpo, que había obsesionado a la especie humana desde el minuto uno de la creación, desde el primer

segundo en el que aquellos primates albergaron en sus cerebros algo similar a la inteligencia. Sarah sabía que, después de la desconexión final, no había nada para ella. Ni alma ni reencarnación. Un vacío que sería ocupado en el organigrama de la empresa por otro modelo más evolucionado, con más prestaciones. Eso era todo. La huida prolongaba su ciclo de funcionamiento. En su interior, Sarah lo agradecía. Y compensó a Johnny Space. No como los androides con función sexual que fabricaba la compañía para enviar a las explotaciones mineras de los sistemas solares conocidos: no estaba programada para mantener ese tipo de contacto con humanos. Pero en sus circuitos había almacenados millones de documentos, archivos con obras literarias y audiovisuales en miles de formatos diferentes. Después de dos semanas de tediosa travesía, se lo hizo saber al comandante. Fue un alivio. Space podía elegir, entre todas esas obras, las que le remitían a la infancia: recuerdos literarios y vitales que, por alguna extraña razón, habían vuelto como un hijo desaparecido durante décadas que un buen día llama a la puerta. Unas horas cada día, preferiblemente antes de coger el sueño en aquel rutinario y desconcertante horario nuevo. Obras clásicas de siglos atrás creadas por Salgari, Verne, London... O los autores de aventuras más conocidos del siglo XXII, Arai, Dilipsos, Hata... El resto del tiempo veían audiovisuales, documentos y películas antiguas y nuevas que Sarah cargaba en el panel de control de la nave. O que proyectaba en forma de holograma para dar la sensación de variedad. Dado que no había mucho más que hacer, a veces comentaban las obras, qué significaban... Casi nunca estaban de acuerdo. Al constatarlo, Space

reía a carcajadas. Y la androide lo imitaba sin adivinar del todo dónde estaba la gracia de no ponerse de acuerdo. ¿No debería ser al revés?

Poco a poco surgió alguna modalidad de interacción entre un humano y una máquina que no había sido prevista por los creadores de la serie P de androides de gestión y mantenimiento. Una relación sin contacto físico. Forjada sobre una extraña empatía. Nadie podía presagiar una convivencia dilatada en un espacio diminuto. Sin más humanos o androides alrededor.

El día 46 de travesía, mientras la androide revisaba los sistemas de navegación, un incómodo silencio se adueñó de la nave.

–¿Qué pasa, Sarah?

–Perdone, comandante, pero ha surgido un problema no previsto. –Johnny Space hizo la respiración prolongada y profunda que allana el terreno a las noticias desagradables–: En las coordenadas de navegación, hay un elemento no evaluado previamente respecto de nuestra trayectoria hacia el planeta: una tormenta gigantesca de meteoritos que nos obligaría a desviarnos 0,3 millones de kilómetros... –dijo Sarah con su tono neutro, sin inflexiones, una letanía mecánica que a veces hacía monótonas sus lecturas.

En la mirada de Sarah, Space creyó advertir un rictus de preocupación.

–Y si nos desviamos, no habrá oxígeno ni energía suficiente para llegar... ¿No es eso?

–Energía sí. No habrá oxígeno....

–Tal vez podríamos intentar atravesar la tormenta... –inquirió Space, espoleado por su espíritu aventurero y el instinto inagotable de supervivencia.

–Ya he introducido los cálculos. Es una tormenta muy densa, una concentración muy por encima de lo normal, como si se hubieran hecho pedazos todos los planetas del sistema. La probabilidad de sobrevivir es del 0,08 por ciento –respondió la androide.

–¿Y qué te gustaría más, Sarah? ¿Que nos la juguemos o desviar la trayectoria para garantizar que por lo menos tú llegas viva al planeta? –preguntó él, haciendo énfasis en la palabra *viva*.

Unos instantes de duda.

–Me gustaría pensarlo –replicó ella, al fin.

–Lo entiendo –remachó Space–, pero la decisión es tuya. En cualquier caso, me gusta saber que no moriré solo –prosiguió.

A Sarah le habría gustado poder sonreír una sola vez con la expresividad y los matices de una humana. Quizás lo consiguió.

Sarah decidió salvarse.

El día señalado, antes de agotarse el oxígeno, Johnny Space consumió una cápsula de cinorulo, un veneno plácido y poderoso que garantizaba un tránsito agradable hacia la eternidad, si eran ciertas las viejas creencias humanas. O hacia la liquidación definitiva. El comandante no era un hombre creyente. Y tuvo miedo. Por eso quiso morir en los brazos de su compañera

de aventuras, en el primer contacto físico prolongado que habían tenido, mientras Sarah, como si se hubiera transmutado en una Sherezade cibernética, le recitaba un fragmento de *Las mil y una noches*, la primera obra que había elegido ella, casi al azar. «[...] El sol ya se había ocultado, y me retiré embelesado con el canto de los pájaros que buscaban el lugar más plácido para disfrutar del descanso de la noche...», leía la androide de manera entrecortada. Entonces, Johnny Space dejó de respirar. Y Sarah experimentó un sentimiento de tristeza tan infinito como el espacio que contemplaba por la ventana.

(FIN)

8

El ambiente es un poco raro en este inicio de curso. Mañana hay convocada una huelga por los recortes en educación. Mamá me ha dado permiso para hacerla si voy a la concentración que hay anunciada a la puerta del instituto.

–Si es para hacer el vago todo el día no, ¿eh? Que ya sabemos cómo van estas cosas.

Papá también hizo huelga en el conservatorio. No consta que acudiera a ninguna manifestación, porque se pasó todo el santo día en casa haciendo sus cosas y vete a saber qué. Por la noche, cenando, tuvo un momento de repentina interacción con el resto de la familia para maldecir por el dinero que le descontarían de la nómina debido a su día de heroica resistencia laboral.

–Es que dan ganas de mandarlo todo al carajo, coger el trabuco del yayo y echarse al monte a pegar cuatro tiros –resumió papá ante la mirada de incomprensión de mamá, a quien no le gusta que usemos ese lenguaje en la mesa. Ni tampoco que se hable de política o de cuestiones que ella considere desagradables. Y la lista es tan larga como flexible. O sea, según le da.

–¿Podemos cenar en paz, Artur? No hace falta que los niños oigan todo eso.

–Los niños ya son mayorcitos para saber cómo está el patio.

–Papá, ¿seremos pobres? –intervino Virgínia, con su habitual don de la oportunidad. Por los ojos, eso sí, me di cuenta de que estaba verdaderamente asustada.

–¿Te das cuenta, Artur? ¿Te das cuenta? La jarra tiene más cerebro y sensibilidad que tú –dijo mamá empuñando el recipiente de servir el agua.

–Te estás pasando de la raya. Yo no tengo la culpa de que estés deprimida.

–¿Deprimida? ¿Deprimida? ¡Mira quién habla! ¡Conozco plantas de plástico con más aliento vital que tú!

–Uy, aliento vital dice... ¡Qué reproche más refinado!

En este punto, las discusiones a la hora de la cena suelen hacerse bastante previsibles. Virgi resopla, contrariada, y profiere su improperio predilecto, «¡jopeta!». Yo levanto las manos, como en el papel de árbitro, pidiendo una tregua sin alzar la voz. Entonces, en algún instante, nuestros padres se dan cuenta de que no están solos, de que su patética pelea

tiene espectadores. La situación se relaja un poco y podemos acabar de cenar en medio de un ambiente muy incómodo hecho de silencios y rumores y músicas estridentes procedentes del televisor. Tan solo alguna elucubración extraña de Virgínia interrumpe la tensión. Hace un tiempo, la discusión entre papá y mamá continuaba en su dormitorio, a la hora de acostarse, con un intercambio de reproches con el volumen bajo. Si te acercabas a la puerta, no obstante, las conversaciones eran perfectamente audibles. A veces había reconciliación: podías detectar el susurro animado y alguna risilla ahogada que delataba que en esa habitación ya se hacía el amor y no la guerra. Momento de la retirada, porque me daba vergüenza oír sus escaramuzas sexuales. Ahora, las discusiones no se cierran; se arrastran hacia una zona muerta hecha de silencio e indiferencia. Y se dejan morir. Es penoso. No sé por qué, pero en ocasiones me imagino la relación entre mis padres como el cuerpo de un rey vikingo muerto en combate con su barco, un *drakkar* en llamas que navega hacia el ocaso. Solo que, en el caso de mis padres, no hay Valhalla esperando; su paraíso dejó de existir en algún momento. A menudo me pregunto si todavía se quieren. Si tendrían ganas de vivir juntos si no existiera el pegamento que los hace convivir, o sea, Virgi y yo mismo. No me gusta ser el pegamento. Pero al mismo tiempo me alivia, es difícil de explicar. Todo se hace más soportable por la perspectiva de ir a la universidad el curso que viene. Tal vez, si las cosas no empeoran mucho, podré mudarme a un piso de estudiantes. Sería fantástico. Pero aún falta un poco para que eso llegue. Más semanas de calma tensa. Viviendo. Escribiendo. O

escriviviendo. Recibiendo las visitas nocturnas, mitad sueño mitad reales, que se habían convertido ya en costumbre.

–Qué final tan bonito, Nèstor. Has logrado que una máquina como yo se emocione. No he llorado porque no sé hacerlo.

–A mí me parece una mierda.

–Ya lo imaginaba, Johnny. Pero, si lo piensas, está muy bien que te acabes redimiendo, que por lo menos en el momento de la muerte abandones tu esencia egoísta y termines por darle la vida a Sarah, pese a ser una androide. Es una demostración de amor...

–¡Es una mierda! No te ha dado la gana, pero ahí había una novela de aventuras cojonuda. Pensaba que ibas a escribir una versión galáctica de *Robinson Crusoe*, que por eso la habías mencionado.

–Así era, pero he cambiado de opinión. Tengo ganas de escribir otras cosas.

–¿Sí? ¿Cuáles?

–Ya lo veréis, Sarah. Ahora quiero dormir.

–Ya estás durmiendo.

–Más a mi favor.

9

Escribir es fascinante y creativo. Te enfrenta al proceso de dar vida a unos personajes, de generar historias, hacerlas crecer, cerrarlas de alguna forma. O no: de dejar caer finales abiertos para que los lectores creen su propio desenlace.

Pero tiene una parte engorrosa: debes pensar cuándo y cómo sitúas la historia. Y, entre otras cosas, tienes que poner nombre a tooodos los personajes, protagonistas y secundarios. Y eso me cuesta. Hay nombres que salen fácilmente. Otros suponen una tortura. Y los nombres de los personajes, sobre todo de los protagonistas, son importantes. Llevaba unos días pensando en una historia con caballeros, dragones, princesas, magos... Algo muy fantástico y muy loco. Y el nombre del protagonista se me había atragantado: todo sonaba muy inglés, muy de «Arturo y los caballeros de la mesa redonda». En otros casos me sonaban a los libros de Laura Gallego: Mattius, Sirius y cosas así. Para los secundarios podía pasar, pero quería algo diferente para los protagonistas. También había barajado los nombres del *Tirant lo Blanc*, que me encantan. Diafebus por encima del resto. El problema es que el *Tirant* lo conoce todo el mundo. Necesitaba una alternativa impactante, original. Había probado con combinaciones de sílabas, aleatoriamente, por ver si salía algo. Ro-tus, Mi-lius, Pa-lof, Lof-pad, Jo-pad, Ca-lef, Im-pad, In-fon... Y los iba anotando en una libreta. Fue inútil. La mayoría sonaban a lanzamiento comercial de Apple. Me sentía frustrado. No quería recurrir a Alfred, dar la sensación de que le hacía la pelota, que escribía más para ganármelo a él y subir nota que por gusto. Pero la desesperación es malísima. Lo asalté en el patio, a la hora del almuerzo. Precisamente Alfred estaba de guardia.

–Alfred, ¿conoces algún nombre chulo de caballero que no esté muy visto y que suene valenciano?

–¿Para qué lo quieres?

–Para un cuento que quiero escribir sobre un caballero en un mundo antiguo que no sea... vaya, que no se sepa muy bien...

–Indeterminado.

–Eso mismo.

–¿Rollo fantástico?

–Huuummm... Sí, más o menos.

–Déjame pensar... Esta noche te envío un correo... Eh, Nèstor...

–Dime.

–Me gusta mucho que escribas. Me da la sensación de que alguien en clase escucha y saca provecho. Que mi trabajo no es tan inútil.

–Sí, ya, bien. Adiós.

La de Alfred fue una confesión corta pero pronunciada con pesar, de forma lánguida, depresiva, como si se hubiera quitado un peso extraordinario del alma, como compartir un secreto que hubiera guardado muy adentro un siglo entero. Y con él nunca terminas de saber si está abatido porque está harto de dar clase a alumnos a los que apenas les interesa lo que enseña, porque está harto y punto, o porque el tema se está poniendo chungo.

Alfred cumple su promesa. Antes de cerrar el portátil y acostarme, veo un correo suyo. «Querido Nèstor: Me parece que he encontrado un nombre que se puede acoplar a lo que necesitas: Gaucelm de Born, es la mezcla de dos nombres de poetas de la lírica trovadoresca, Gaucelm Faidit y Bertran

de Born. El tal Gaucelm vivió entre las postrimerías del siglo XII y principios del XIII y, por lo visto, era un *crack*, un tipo muy gordo pero con una vida muy aventurera. Me gusta por la musicalidad del nombre y porque compuso un lamento en honor del rey inglés Ricardo Corazón de León, un personaje histórico que tal vez no te suene de nada pero que era muy popular cuando yo era pequeño. Y porque el apellido que le hemos tomado a Bertran es igual a la palabra *born*, 'nacido', en inglés. Es una tontería, pero me ha hecho gracia. Espero que te guste. Buena escritura, ya me lo enseñarás cuando lo acabes».

¡Gaucelm de Born! Pronuncio el nombre en voz alta y me suena que te cagas. Ahora sé que me va a costar dormirme. No lo hago: busco el resto de los nombres y me pongo a escribir. Es curioso: lo que sale no tiene mucho que ver con la historia mágica de caballeros, dragones y princesas que había imaginado. Unas tinieblas muy tenebrosas.

10
Título provisional: Las dos batallas del príncipe Primera parte

Gaucelm de Born contempló el cuerpo del caballero rival que acababa de abatir. Los rumores de la batalla, ensordecedores hacía apenas un instante, empezaban a sofocarse. Y en el cielo, bandadas de cuervos gravitaban sobre el campo de sangre y fuego a la espera de su momento. Empuñando todavía la espada manchada de sangre, De Born se aseguró de que tenía